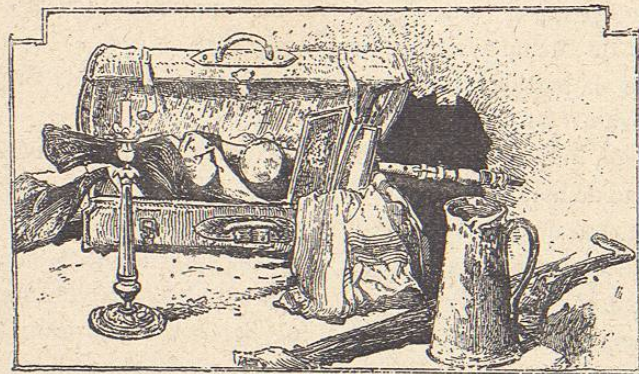


to científico del calendario francés, que por una fatal coincidencia para su duración se convertía en fundamento de un sistema político, dividía el mes en tres décadas, dejando para fin de año los días complementarios, y proponía para los días de la semana y del mes nombres en consonancia con los hechos é ideas de la revolución. Pero en esto la Convención siguió á Fabre de Englantine, que tuvo la suerte de encontrar los nombres que durante muchos años diéronlo á los meses del año, y que indudablemente en un porvenir más ó menos lejano reaparecerán, pues, puede darse nada más ridículo para un pueblo como el del siglo XIX y para una sociedad cristiana que principiar su año con un mes consagrado á Júpiter, y seguir luégo con otro consagrado á expiaciones funerarias, y con otro dedicado á Marte, y con el de Abril que viene de *aprire* porque parece que la naturaleza se abre, nombre que podría conservarse por su significación exacta, para volver al Mayo, que como estaba consagrado á Maia la madre del dios Mercurio, se ha consagrado en nuestros días á María la madre del Dios Jesús, Junio que viene de la diosa Juno, para conmemorar luégo á los emperadores Julio César y Augusto, y caer lué-



go en la ridiculidad de llamar Setiembre, es decir, el séptimo, al mes que entre nosotros es el noveno, y octavo al décimo, y noveno al oncenno y décimo al duodécimo?

Fabre daba á cada uno de los meses un nombre en consonancia con la marcha de la naturaleza durante el año. Para el otoño teníamos *vendimiario*, *brumario*, *primario*; para el invierno, *nevoso*, *pluvioso* y *ventoso*; para la primavera *germinal*, *floreale* y *prairal*; para el verano *messidor*, *thermidor* y *fructidor*, cuya significación explican claramente sus radicales.

Trece años rigió este calendario en Francia y la reacción católica triunfante con el emperador no se dió descanso hasta conseguir que se volviera al calendario que consagraba un mes á la madre del dios Mercurio en vez de consagrarlo á las flores. Si esto no fué por espíritu de clase, evidentemente hubo de ser por falta de sentido común.

La revolución social la Convención la llenaba, pues, de frente con la revolución política, pero las intransigencias que hicieron naufragar ésta acabaron también con aquélla, que jamás la intransigencia ha podido dar frutos sazonados.



CAPITULO IX

MUERTE DE DANTON

Política de Robespierre.—Inténtase una conciliación entre Danton y Robespierre.—Exigencias de Danton.—Billaud pide la cabeza de Danton.—Danton representante de la política de clemencia.—Tallien y Legendre.—Robespierre abandona á Danton y á Desmoullins.—La hermana de Marat avisa á Danton.—Confianza imprudente de Danton y Desmoullins.—Saint-Just pide al Comité de salvación pública que decrete la acusación de Danton, Desmoullins, Hérault de Sechelles, Philippeaux y Lacroix.—Carnot los defiende pero cede.—Sólo Lindet y Rühl se niegan á firmar.—Lindet hace avisar á Danton.—Efecto que causa la prisión de Danton y sus amigos.—Legendre pide explicaciones en la Convención.—Replicale Robespierre.—Lee Saint-Just su informe: aprueba la Convención.—Desmoullins en el Luxemburg.—Situación del Tribunal Revolucionario.—Preséntanse los dantonistas en el tribunal.—Su interrogatorio.—Westermann preso y acusado: ¿por qué?—Cambon como testigo de cargo: su honrada y enérgica declaración les absuelve á todos.—Infamia del procedimiento.—Fabre de Englantine vindicado.—Criminal resolución del tribunal.—Niégase Fabre á defenderse.—Danton se defiende.—Inmenso efecto de su discurso.—Turbación del tribunal.—Fouquier-Tinville acude al Comité de salvación pública.—Billaud y Saint-Just le ordenan que no reciba más testigos.—Iniquidad de la acusación de Hérault de Sechelles.—Su falsedad es notoria.—Defensas de Desmoullins y de Lacroix.—Philippeaux renueva sus acusaciones contra Robespierre.—Efecto inmenso de su discurso.—Fouquier-Tinville escribe al comité lo que ocurre.—Saint-Just denuncia á Lucila y hace votar por la Convención que todo procesado que insultará á la justicia nacional quedará excluido de los debates.—Amar y Voulland llevan el decreto al tribunal.—Fouquier lo aplica inmediatamente.—Elocuentes apóstrofes de Danton.—El 5 de Abril de 1794.—Ejecución de los dantonistas.—Ejecución de Chaumette, Gobel, general Beysser y las viudas de Hébert y Desmoullins.—Juicio póstumo de Billaud-Varennes sobre Danton.

DANTON era para Robespierre hacía mucho tiempo el jefe de los indulgentes, y la indulgencia como la clemencia eran cosas desconocidas por Robespierre y por su ninfa Hegeria Saint-Just, caracteres severos con todos, incluso consigo mismos. Pero ya no existían los intransigentes, los exagerados, se había quitado su peligro, y ante esa severidad del Comité de salvación pública para con los exagerados, republicanos y patriotas al fin, no se debía venir á litigar en favor de los enemigos más ó menos declarados de la república, pues si esto se hacía y se consentía, ¿con qué título se había mostrado la Convención tan severa? Así opinaba Robespierre, y en esta

convicción dicho se está que había de reputar inconveniente toda otra política que la suya. Y que en esto estaba en lo justo para su tiempo lo indica claro el haber procurado Danton mismo una común inteligencia con Robespierre.

Los amigos de entrambos lograron hacerles comer juntos, y ya se creía conseguida la coalición, cuando Danton exigió para ella que Robespierre se separara de Saint-Just y de Billaud-Varennes, esto era imposible para el primero, y por lo que toca al segundo, era de aquellos que sabían imponerse. Robespierre no podía sustraerse á Billaud porque era éste quien tenía á Robespierre y no éste á él.

Tan cierto es esto, que para cortar toda inteli-

gencia entre Danton y Robespierre, Billaud, en la primera reunión del comité pidió lisa y llanamente la cabeza de Danton. Robespierre saltó de indignación pero Billaud fué apoyado por Saint-Just, Collot y Barere, y pudo desde luego comprender que estos hombres no estaban dispuestos á transigir con los dantonistas ni á compartir con ellos el poder, Robespierre debería, pues, decidirse en breve entre sus colegas del comité ó Danton y sus amigos.

Los terroristas comprendieron, pues, lo que Danton por la fuerza de las cosas había acabado por representar en política. Danton, el hombre del 2 de Setiembre, era ahora el representante de la demencia y de la paz, el enemigo irreconciliable del terror. Cuando, pues, los terroristas vieron á Tallien, el que había preparado la entrevista de Danton y Robespierre, presidente de la Convención y Legendre presidente de los jacobinos, creyeron ya tener pendiente sobre su cabeza la espada de Damocles, y supieron tan bien llenar de sus infundados temores la alma de Robespierre, que éste les abandonó no sólo á Danton sino al mismo Desmoulins á quien parecía que quería salvar.

El comité procedió con el mayor sigilo y lo dispuso todo para prender á Danton y á sus amigos, pero aún así y todo la hermana de Marat fué á decirle á Danton la misma mañana del día 30 de Marzo, que se había decidido su prisión. Danton no quería creerlo, la tarde del día anterior había dado con Robespierre un paseo por las afueras de París como en sus buenos tiempos y Robespierre le había acompañado en su coche hasta su casa; ¿era, pues, posible tanta perfidia? Y sin embargo, nada más exacto. Robespierre, después de haber firmado la orden fatal que equivalía á una sentencia de muerte, se fué á paseo con su víctima. Pero tanto insistió la hermana de Marat que volvió al salón de sesiones, pues la entrevista había sido en la Convención, resuelto como había dicho á aquélla á pedir la cabeza de Robespierre y de Billaud, pero á penas hubo puesto en él sus piés, vió á Robespierre hablando con tanta familiaridad y cariño con Desmoulins, que desechó toda idea de traición, y esto cuando ya días antes Westermann le había avisado de que se trataba de perderle. Sin embargo, Danton avisó á Camilo y éste contribuyó no poco á fortalecerle en la idea de que todo era un rumor de los que deseaban enemistarles, pues Camilo no podía dudar que el amigo de siempre, el padrino de su boda, el querido de su familia, el amigo con quien acababa de conversar con toda la efusión de la

amistad, hubiese ni siquiera pensado, ni soñado en hacer caer sus cabezas. En esta convicción dejaron pasar la sesión, sin que, en efecto, ocurriera nada. Pero otra cosa fué la noche.

Reuniéronse en la noche del 30 al 31 de Marzo—29-30 de Germinal del año II—los dos comités para oír y decretar sobre el plan de Carnot relativo á la organización del gobierno revolucionario, fundado en la supresión del consejo de ministros, reemplazándose á los seis ministros por doce comisiones. El plan fué aprobado. Todo lo relativo á la guerra continuó en manos de Carnot, Prieur, Lindet y Jean-Bon-Saint-Andre.

Ibase ya á levantar la sesión por ser muy avanzada la noche, cuando Saint-Just tomó la palabra para leer un escrito «de una elocuencia siniestra y de una grandeza horrible.» «La revolución, decía, está en el pueblo y no en el renombre de algunos personajes...» «Todas las reputaciones que se han hundido, eran reputaciones usurpadas. Poco importa que el tiempo haya llevado á diversas vanidades al cadalso, á la nada, con tal que la libertad quede;» y así por el estilo iba continuando para acabar declarando que no habría paz mientras estuvieran en pié los orleanistas y los indulgentes, y en su consecuencia pedía que se decretase la acusación de Desmoulins, Herault de Sechelles, Danton, Philippeaux y Lacroix como reos de complicidad con Orleans, Dumouriez y Fabre de Englantine. Es decir, que se les acusaba de haber conspirado contra la república en favor de la monarquía y de haberse puesto sus manos en negocios sucios.

Carnot hizo observar que no había mas que sospechas contra Danton, y que si se continuaba abriendo de esta suerte el camino del patíbulo á los representantes del pueblo, pasarían por el mismo camino todos, unos tras otros. Pero Carnot, lo mismo que Prieur, se consideraban extraños á cuanto hacían los comités y sólo responsables en las cosas de la guerra, así firmaron el escrito por haberlo firmado la mayoría. Lindet y Rühl fueron los únicos que se negaron á firmar la acusación. Lindet hizo más, hizo avisar la misma noche á Danton para que huyera, pero ya Danton había dicho que no podía huir, pues no le era posible llevarse á su patria en la suela de sus zapatos.

Danton, Desmoulins, Philippeaux y Lacroix fueron presos al amanecer del día 31.

La noticia de estas detenciones causó en París una sensación inmensa; apenas si tan infausta noticia había quien la creyera. Los miembros más autorizados de la Convención no la creían. Pero á poco

se hizo el convencimiento, y el asombro de París se convirtió en terror pánico.

En la misma Convención nadie osaba pedir satisfacción al comité por tan grande injuria hecha á la representación nacional, hasta que Legendre, recordó que se prendía á los hombres que mejor habían servido á la libertad y que se recordase que Danton había salvado la Francia en 1792. Entonces se oyeron voces de que se trataba de que se asesinasen unos á otros, pero el terror que á todos embargaba ya no consintió mayores protestas.

Levantóse Robespierre á contestar y éste lo hizo empleando el lenguaje del escrito de Saint-Just.

«Se trata,—dijo,—de saber si deben hoy algunos hombres valer más que la patria...» «Hoy se trata de saber si el interés de algunos hipócritas ambiciosos, debe ser superior al interés del pueblo francés. Legendre ha hablado de Danton, porque cree que á éste nombre va unido un privilegio; nosotros no queremos privilegio alguno, no queremos ídolos...» «La discusión en que nos hemos metido es un golpe culpable dado á libertad y á la igualdad; pues se rompe la igualdad cuando se pone á discusión si se debe dar más favor á un ciudadano que á otro.»

Después de Robespierre habló Saint-Just; leyó su informe que apoyó con su ardiente y estoica palabra, y la Convención votó sus conclusiones sin debate. Ya nadie se atrevía á discutir con los hombres del Comité de salvación pública.

Reunidos estaban en el Luxemburg todos los presos, y todos menos Camilo estaban completamente seguros de su suerte. Desmoulins ni podía adivinar por qué le habían preso, ni creer que Robespierre le quisiera mal. Pero después de su interrogatorio se convenció que nada tenía que esperar y se entregó á la desesperación. Camilo no podía resignarse á tener que abandonar á su joven y adorada esposa y á su tierna hija, aumentando su martirio su propia cárcel pues desde ella veía ese mismo jardín del Luxemburg, en donde había visto y cortejado á su mujer.

Danton ardía en deseos de encontrarse frente á frente con sus enemigos. Nunca se sintió tan fuerte como en este momento supremo para su memoria, así nunca se le vió más altanero ni más sarcástico.

Herault y Fabre soportaban su desgracia con una resignación tan noble como valiente.

Sus jueces temían más que ellos el momento de encontrarse frente á frente. Su presidente Hermann no podía hacerse á la idea de tener que interrogar á Danton en cuya culpabilidad no creía, y sobre hechos vagos y suposiciones infundadas. Fouquier

Tinville se negaba á acusar á su pariente Camilo á quien debía su posición. Pero á uno y á otro se les dió á entender que podrían ser declarados cómplices de los acusados y se sometieron, prefiriendo ser guillotinadores á ser guillotinado, precisamente lo contrario de lo que prefería ser Danton, y aún así y todo, no se salvaron.

Danton y sus amigos fueron trasladados á la Conserjería el día 2 de Abril de 1794, en igual día del año anterior había Danton instituido el Tribunal Revolucionario. Lo recordó, y dijo «que de ello pedía perdón á Dios y á los hombres.» Al poco rato se les llevó delante de la creación de Danton, en donde tuvieron que sufrir la humillación de sentarse al lado de Chabot, Delaunai y consortes. Además se puso también en sus bancos, algunos extranjeros, como se había hecho con los hebertistas para dar color á la fábula de la conspiración extranjera.

Camilo, quiso usando de su derecho, recusar á algunos de sus jueces, reducidos á siete y escogidos entre los más firmes y devotos de Robespierre, pero el tribunal se declaró constituido. Al preguntarle por su nombre y edad, dijo: «que tenía la edad del republicano Jesús cuando murió; treinta y tres años.» Danton contestó en estos términos en los que se revela el hombre:

«Tengo treinta y cuatro años, mi domicilio estará muy pronto en la nada; en cuanto á mi nombre, lo encontraréis en el panteón de la historia.»

El proceso de los dantonistas no empezó hasta el día siguiente: 14 Germinal. El primer día se había empleado en leer la acta de acusación de Chabot, Delaunai y de su pretendido cómplice, Fabre de Englantine, que era el anillo de que se había echado mano para unir á la cadena infamante de los primeros la reputación de los segundos. Pero en este día vieron los acusados á su lado un nuevo amigo, este era el general Westermann, preso por temor de que tratara de levantar la gente de los barrios populares para salvar á Danton, y allí comparecía sin previo interrogatorio, ni instrucción de ninguna clase. Lo que hacía decir al bravo general que le pusieran delante del pueblo para que viera sus siete heridas todas recibidas por delante. «Por detrás no he recibido más que una, mi acta de acusación.»

Para perder á los dantonistas, sobre quienes no pesaba cargo alguno concreto con alguna apariencia de legalidad y de justicia, era necesario que pesasen sobre ellos por lo menos, testimonios de personas de carácter. A este fin se hizo declarar á Cambon sobre el negocio de la Compañía de las Indias, pero el honrado y rígido Cambon se apresuró á ha-